



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



I Domingo de Adviento
29-XI-2009

Textos:

Jr.: 33, 14-16

I Tes.: 3, 12—4, 2

Lc.: 21, 25-28. 34-36

“El Señor es nuestra justicia”

Hoy es el primer día del nuevo año litúrgico que se inicia en el Adviento, período de preparación para la Navidad. Son su encarnación y nacimiento en Belén, el preludio de su segunda venida, al fin del tiempo.

El Año Litúrgico comienza en el evangelio con una visión anticipada del retorno de Jesús.

El Adviento es un tiempo en el que profundizamos algunas dimensiones de la vida cristiana, como la espera, la preparación y la búsqueda del encuentro con Dios. “No se puede celebrar dignamente ese gran hecho, ese supremo acontecimiento que es la Navidad, es decir, la venida del Hijo de Dios, Dios ÉL mismo, ha venido al mundo, a la historia, a la humanidad sin habernos preparado de alguna manera” (Pablo VI. 1.XII.1976).

El Adviento actualiza un tema medular de nuestra vida religiosa: el encuentro del hombre con Dios: o mejor de “nuestro” encuentro con Dios.

San Pablo exhorta a los Tesalonicenses a hacer progresos en el encuentro y conocimiento de Dios. Pero, ¿existe algo que obstaculiza esta búsqueda y el encuentro con Dios en nuestra cultura? Ciertamente somos continuamente provocados hacia una atención. No tenemos un minuto de paz. El estímulo en el que se desarrolla nuestra laboriosa y a menudo atareada jornada, obligándonos a un estado psicológico extravertido. Prevalece, de modo creciente, un doble estímulo sensible: escuchar y ver. Nuestra civilización se ha convertido, en la civilización del sonido y de la imagen. La cultura de la “diversión”, nos expulsa de nosotros mismos, y nos confundimos con el tumulto exterior (Cfr. E. Mounier). Esta realidad lleva a Ortega y Gasset a afirmar: “Para el hombre que habita en las grandes ciudades, la posibilidad de gozar ha aumentado, de una manera fantástica” (La rebelión de las masas).

Esta realidad genera en nosotros “el peligro de una creciente y progresiva desinteriorización” (P. Lersch “El hombre en la actualidad”): ¿Qué tiene que ver esto de nuestra interioridad con nuestra relación con Dios? Al decir interioridad, mencionamos a aquel centro íntimo, el fondo de nuestra alma, este “espacio” y “lugar” del encuentro con Dios (Cfr. id.).

Cuando esta interioridad se pierde se torna difícil escuchar y hablar con Dios pues perdemos la necesaria profundidad y la vida se banaliza, se torna pura exterioridad y nos precipita en la más estéril vulgaridad y esto anula toda posibilidad de oración.

La interioridad es el lugar del encuentro del hombre con Dios, es allí donde “la voz de Dios abre el diálogo con el hombre, el diálogo de la fe, el coloquio del reino de Dios. El diálogo del Adviento, es decir de la llegada del Dios vivo entre nosotros” (Pablo VI. 1.XII.1971).

Para poder escuchar la voz de Dios es necesario cuidar nuestra interioridad y una primera e indispensable condición, es necesario el silencio. Es necesario que cada uno de nosotros retorne un momento en sí mismo (Lc. 15, 17). El oído interior se ponga en estado de escucha; en definitiva es “el silencio que escucha” (id).

Por todo esto, Jesús dice a sus discípulos: “Tengan cuidado de no dejarse aturdir por los excesos, la embriaguez y las preocupaciones de la vida...” No dejemos que el ambiente nos lleve a la embriaguez (crápula) de la pura exterioridad, no vivamos expulsados hacia fuera.

Hermanos, vivamos con intensidad -en la escucha y la lectura de la Palabra de Dios- este tiempo de preparación para celebrar con espíritu religioso la Navidad, que sea un encuentro con Jesús, el liberador, que fue esperanza mesiánica para el pueblo Judío; esta esperanza ya se ha cumplido, Dios se hizo hombre.

Nuestro tiempo, también es un tiempo de esperanza y de expectativa de la segunda y definitiva venida. Y el Señor pauta nuestra actitud para este tiempo al decirnos: “Estén prevenidos u oren incesantemente”, porque nuestra esperanza es tentada, cuando lo mundano, que es diabólico, siembra en nuestros corazones la desesperanza.

Pidamos al buen Dios que nos libre de toda modorra intelectual y espiritual, que no dejemos de abrirnos al diálogo liberador del Señor nuestra esperanza.

Amén

G. in D.